

Cierto que esta preocupacion no domina el pensamiento de todos los sábios; pero tampoco puede desconocerse que influye en las conclusiones de la ciencia. Contemplando á esta que marcha á su fin con una impasibilidad serena, sin afirmar ni negar los dogmas, habria motivos para presumir si absorta en su propia contemplacion le pasan desapercibidos; mas reflexionando tranquilamente, salta á la vista que lo que podría tomarse como mera distraccion, no es más que una opinion preconcebida, y se ve que muchos de los datos científicos, completamente inofensivos en sí mismos, en cuanto á la religion se refieren, solo deponen en contra de esta, en virtud de una hábil mistificacion de los sábios. ¿En qué consisten esos medios de falsificacion teórica? Difícil seria el determinar su número; contentémonos pues con llamar la atencion respecto de las especies principales.

“Deducir de lo desconocido conclusiones hostiles á la fé, que esta podría aprovechar en su favor”, constituye una de las injusticias más familiares al génio científico de nuestros dias. Por lo mismo que la afirmacion religiosa se halla en posesion del respeto universal, tendria derecho acaso para utilizar en su provecho cuantas probabilidades se han establecido relativamente á

## CAPITULO IV.

PARCIALIDADES NO MANIFIESTAS DE LA NEGACION  
CIENTÍFICA CONTRA LA FÉ.

Dejamos probado que es un procedimiento en alto grado paradógico el que consiste en separar la ciencia de la conciencia, el conocimiento de los objetos exteriores del yo, el estudio de los fenómenos observables del sujeto observante. El especialismo á que nos referimos añade á este vicio de método un vicio de disposicion natural: me refiero á una pasion antireligiosa oculta bajo la máscara inexorable de la imparcialidad.

lo desconocido; mas la negacion se apodera de este terreno, que por lo ménos debería permanecer neutral, y lo explota en provecho propio. Su crítica histórica y su crítica científica proceden de la propia suerte, por suposiciones, sin perjuicio de vestir á la suposicion con las apariencias de la realidad, dando para ello á la frase un valor que realmente no tiene. En el terreno de la historia dice voluntariamente: *acaso, es probable*, y llenando todas las lagunas con ingeniosas imaginaciones, reemplaza los hechos por el sistema. En historia natural, ante los problemas que estan por resolver, dice *es posible, nada impide que*, en una palabra, substituye la fantasía á la explicacion, aduciendo como prueba lo desconocido y elevando á la categoría de argumento su propia ignorancia.

Darwin termina con las siguientes palabras, uno de sus capítulos relativos á la insuficiencia de nuestros documentos referentes al pasado de nuestro globo: «Por lo que á mí toca considero los archivos naturales de la geología, como memorias conservadas con negligencia, para que puedan servir para la historia del mundo, y reductas en un idioma alterado y casi perdido. De esta historia sólo poseemos el último volumen, en el cual se hallan consignados los suce-

sos acaecidas en dos ó tres comarcas; de este volumen sólo se ha conservado uno que otro capítulo dislocado y suelto, y de cada una de las páginas á ellos correspondientes solo podemos comprender un reducidísimo número de líneas (1).» Dígasenos ahora si en buena lógica puede sacarse de tales premisas otra conclusion que la duda: pues bien, Darwin procediendo de otra suerte, contesta á sus contradictores resolviendo el problema por medio de otro problema. La razon dice: Sabemos muy poco, pues bien no llevemos más adelante nuestras afirmaciones; pero la ciencia moderna, procediendo de un modo diametralmente opuesto dice: Precisamente porque es muy poco lo que sabemos, podemos afirmar mucho; porque el descubrimiento de lo que ignoramos, al par que servirá para desmentir á mis adversarios, vendrá á confirmar cuanto me plazca soñar.

Cierto que la ciencia ortodoxa carece de derecho para dogmatizar relativamente á afirmaciones incompletas; pero á su vez la ciencia negativa debe interdecirse el derecho de presentar co-

1 Origenes de las especies, cap. 6

mo testigos esas lagunas, apelando á las hojas extraviadas del gran libro de la naturaleza. Y sin embargo, puede observarse el mismo procedimiento en el fondo de la argumentación empleada por du Maillet y Lamark, por Geoffroy y Darwin. «Unicamente lo desconocido, dice M. Quatrefages, puede abrir ese vasto campo de especulaciones, en las cuales lo posible se substituye á lo real, y donde no obstante el saber más extendido y la más firme inteligencia, se llega casi fatalmente á mirar como concluyente en su favor, precisamente aquello mismo que declara ignorar (1).»

Nuestras reclamaciones contra tales medios de ataque son tanto más fundadas, cuanto son estos más arbitrarios. Y áun si estuviere lo desconocido ménos extendido, se comprendería la pretension de adivinarlo; pero acontece con el saber lo que con el espacio: la porcion explorada nada significa comparada con la que no se conoce. ¿Quiérese una prueba de ello?

¿Qué es lo que conocen de los espacios siderales, esos astrónomos que, como Lalande, se

1 Discusion de las teorías transformistas.

lamentan de no haber conseguido descubrir á Dios en el extremo de su telescopio en un rincón del firmamento? Hace apénas un siglo solo se contaban cuatro planeteculas: de entónces acá á Cérés, Juno, Palas y Vesta se han agregado tantos asteroides, que el Olimpo entero no ha tenido diosas en número suficiente para darles nombres. Herschel ha calculado que la vía láctea está compuesta por lo ménos de treinta millones de soles. ¿Cuántos habrá fuera de ella? ¿Qué sucede en esas profundidades inconmensurables en las cuales mundos, un millon de veces mayores que nuestro sol, ofrécese á nuestras miradas como impalpable polvo luminoso? ¿Cuándo se encendieron y cuándo se extinguirán los globos que surcan los Océanos del etér en que se balancea entera la creacion? Cierta se conoce la densidad de algunos de esos astros y que se ha medido la distancia que los separa y que se ha estudiado la ley de su marcha, y se han descubierto manchas sobre la superficie solar, y elevadas montañas en el hemisferio de la luna, que mira á la tierra; pero ¿cuál es la constitucion de los cuerpos celestes, cuáles sus cualidades físicas? ¿Quién será capaz de referirnos la historia de su formacion, las catástrofes que han experimentado, los seres que ellos moran?

Cuestiones todas insolubles, que exigen de todo espíritu que sepa respetarse la mayor reserva á falta de adoracion. Despues de todo, la astronomía que adora á Dios en los insondables misterios del firmamento, es fiel á la razon y á la naturaleza, porque nuestra alma se remonta más allá de los mundos visibles, para ir á buscar á Dios allí dónde no le sigue la mirada de la ciencia; pero el que emplea lo desconocido de la creacion para hacerle deponer en contra de su autor, es un falsificador de la ciencia y un enemigo sistemático de la verdad.

Y si del cielo descendemos á la tierra, ¿sabe la ciencia lo bastante de ella, para creerse autorizada á buscar en contra nuestra de lo que ignora? La tierra no es más que un átomo arrebatado por la gravitacion al través de las llanuras de la inmensidad, apenas conoce cosa alguna de este punto reducido en que mora y que es su observatorio. Por lo demás la geología, la biología, la paleontología y la fisiología, es decir, los conocimientos más agresivos contra la fé, se hallan en estado de formacion; siendo de advertir que tales conocimientos tienen de comun con el hombre el que, despues de haber negado en su juventud, se hacen religiosos en su madurez.

¿A qué profundidad hemos penetrado en las en-

trañas de la tierra, para considerarnos con derecho á hacerle deponer contra su Creador? Cier- to que la geognosia ha estudiado su corteza y señalado las transformaciones primordiales: cierto que ha abierto la vasta necrópolis del mundo antediluviano y removido alguno de los grandiosos fósiles que encierra; pero las tres quintas partes de la superficie del globo terrestre, dice Huley, hállanse cubiertas por el agua, y lo han estado desde la época en que el hombre ha podido consignar sus observaciones (1). Las otras dos solo han sido estudiadas hace muy pocos años y excepcion hecha de Francia, Alemania, Inglaterra y de determinadas comarcas de España, Italia y Rusia, lo demás del globo permanece poco ménos que completamente inexplorado.

Añédese á lo dicho que las mayores profundidades á que se ha alcanzado en las entrañas de la tierra, no alcanzan á las diez milésima parte del radio de nuestro planeta; que las perforaciones practicadas en el seno del globo no representan con relacion á su diámetro, lo que las mordeduras de las hormigas en la cáscara de una naranja; que el arañazo producido por un

1 Véase nuestro Sentido, etc. p. 64.

alfiler sobre una esfera que midiese 90 pulgadas de circunferencia, igualaria relativamente la profundidad de las minas más profundas; que según Lyell, la extensión que alcanzan nuestras observaciones, no es mayor que la ocho centésima parte del núcleo terrestre, siéndonos lo demás tan desconocido como el interior de los demás planetas, que por último, según Humboldt nada nos garantiza que conozcamos el conjunto de las fuerzas de la naturaleza, ni que esas fuerzas hayan sido siempre las mismas (1), y dígasese si en presencia de este vasto campo de incertidumbres no deja de ser razonable el hombre que toma pretexto de ellas para sus negaciones más bien que motivo para confesarse humilde, metódico y anónimo. Si, si la ciencia concede un lugar dentro de ella á las intuiciones conjeturales, Dios, en virtud de este mismo derecho, debe obtener la preferencia sobre todas las hipótesis contrarias; y conjeturas por conjeturas, la ciencia que no prefiere las de la fé á las otras, presta falsedades á la naturaleza para apoyar las suyas.

*Sacar de determinadas opiniones científicas*

1 Cosmes,

*inofensivas para la religión, consecuencias ofensivas que realmente no encierran, constituye otra práctica del especialismo contemporáneo. De sistemas conciliables con la ortodoxia, ejerciendo sobre ellos una presión exagerada, las deduce incesantemente el ateísmo. Por ejemplo, ¿qué le importa á la fé, que la tierra cuente mayor edad de la que hasta el presente se le ha atribuido? Dios al publicar el acta del nacimiento del mundo, hála firmado con su propia mano, pero sin estampar la fecha, dejándonos en libertad para retrasar la época. Por lo demás, cuando se contempla al Creador invirtiendo un año en hacer madurar las espigas de nuestros campos, no comprendemos que deba sorprenderle verle invertir miles de siglos en preparar la envoltura sólida de nuestro globo. La gloria de su obra no puede serle arrebatada porque al formarla haga pausas instructivas para nosotros; y los que de la antigüedad de la creación, hacen una objeción cual si la Biblia le asignara una cronología fuera de la cual no hay salvación posible, dicen más de lo que saben sobre la antigüedad del mundo y sobre las enseñanzas de la Biblia; pero los adversarios se adhieren á la exégesis menos aceptable, con el objeto implícito de desacreditar la que lo sería.*

Otro ejemplo: suponiendo que, en realidad, se haya descubierto el hombre fósil: ¿puede ello deducir cosa alguna en contra de la semana genesiaca? Apologista hay que en ello no ven si quiera motivo para una objecion; otros lo estiman como un nuevo argumento en su favor. Y en efecto: sin salirnos un ápice del terreno en que nos hemos establecido, ¿no nos seria lícito presumir que la potencia creadora se ha ejercido en la tierra ántes áun de comenzar la obra de los seis días; que en el tiempo que mediara entre el instante en que Dios sacó el planeta de la nada y el estado de vacuidad en que Moisés nos lo describe, su Autor estuvo trabajando en él de una manera digna de su virtud y poder; que han precedido á la nuestra otras humanidades, como la seguirán otras; que cada uno de esos grupos marcha á su fin providencial merced á contar con medios para ello apropiados; que no siendo por último la Biblia más que la historia del ciclo á que pertenecemos, jamás podrá oponerse á los hechos y creencias de este elemento alguno perteneciente á los períodos precedentes?

Pero todavía queremos adelantar más; todavía queremos suponer que la exegesis establece el nacimiento de la humanidad ántes de las re-

voluciones diluviales que han precedido á la era histórica: en tal caso los fósiles humanos constituyen la confirmacion necesaria de su sistema. Admitidas de esta suerte ciertas y determinadas distinciones, queda desarmada la paleontología fantástica. Presumia con sus hipótesis herir en mitad del pecho á la revelacion, y sin embargo esta le pasa por encima sin hacerle el menor caso, y de sus ataques contra el hexamerón mosaico solo restan dos inconvenientes: el de dar vida frecuentemente á fósiles humanos cuya existencia no está probada, y el de que áun cuando en realidad lo estuviera, nada probarian contra nosotros.

Pero dónde más se muestra la parcialidad científica de nuestro especialismo, es en el modo como abusa de la teoría de las generaciones espontáneas. De una opinion indiferente en sí misma, con relacion á la cuestion de las causas primeras ó de las causas finales, hace un mantantal de negaciones contra unas y otras. Sin embargo solo autoriza tales conclusiones la opinion preconcebida y de ello tenemos la prueba en el ejemplo de lo pasado. Cuando los antiguos creian que el número de los animales nacidos espontáneamente, era superior al de los seres provenientes de las leyes normales de la

reproduccion, distaban mucho de ser atóos. Cuando Plutarco en sus *Conversaciones de sobre mesa* escribia: «en el seno del limo se forma un número considerable de animales adultos,» no hacia profesion de irreverencia contra los dioses. Cuando el jesuita Kircher, en su *Mundus subterraneus* describe los experimentos realizados para obtener animales creados artificialmente, no niega en manera alguna la existencia de un Creador. Finalmente, cuando el mismo Lamark admite una generacion espontánea incesante, bajo la accion de las fuerzas físico-químicas, recomienda especialmente que no se confunda «la naturaleza con su supremo Autor, por lo mismo que se halla sujeta á las leyes que son expresion de la voluntad soberana que las ha establecido (1).»

Mas la turba multa de comentaristas, experimentadores y discípulos entusiastas que compone el mundo sabio, hace de esta sencilla opinion biológica un principio de negacion universal. Exagerando el pensamiento de Darwin, que respecto del particular es discreto, su traductor admite sin restriccion la multiplicidad de

1 Historia natural de los animales invertebrados.

los organismos primarios, no reconociendo más antepasado que nuestro propio planeta, dotado en una de las fases de su existencia *del poder de elaborar la vida* (1). El manual del materialismo alemán afirma por su parte que «la creacion orgánica debe haberse realizado sin la intervencion de una fuerza exterior (2).» Lo cual vale tanto como decir que la fermentacion pútrida de algun detritus post diluviano, ha sido la causa eficiente de la vida universal. De manera que en tanto los corifeos de la heterogénia hacen remontar al Creador el honor de la creacion, la muchedumbre de sábios en miniatura solo vé en ella el medio de prescindir de un factor en la explicacion del mundo, y gracias á esta suerte de escamoteo lógico, la parcialidad del especialismo ha convertido al hombre que cree en las generaciones espontáneas, en sinónimo de hombre que no cree en Dios.

*Emplear opuestas medidas de apreciacion en conformidad al interés del momento, una muy holgada al tratarse de hechos desfavorables á la fé, y otra por todo extremo exclusiva, cuando se*

1 Ml. Royer.  
2 Fuerza y materia.

trata de hechos que prueban ó confirman la fé, es tambien una táctica de la negacion frecuentemente empleada en sus libros, y solo Dios puede saber hasta qué grado de sinceridad, puesto que así como las pasiones del corazon se confiesan y se acusan, las del espíritu se glorifican ó se ocultan á sí mismas.

¡Cuántas veces ha empleado tan vergonzosa balanza la ciencia contemporánea, principalmente en la interpretacion de las leyes que presiden á la formacion del reino orgánico! Que un Creador inteligente haya dispuesto el ojo, la mano, el sistema nervioso ó el sistema sanguíneo de nuestra especie con órden y prevision, es un principio al cual de seguro no suscribirian ciertos sábios; pero en cambio, les parece muy natural, y por consiguiente muy admisible, el que un molusco gasterópodo, prolongado su cuerpo bajo el imperio de la necesidad, se haga brotar tentáculos ó miembros completamente nuevos. Que Dios haya creado especies, es un hecho inadmisibile para la ciencia; pero que un día cualquiera una planta se haya convertido en un animal, y hasta que los peces arrastrados por el ardor de la caza y de la huida, ó por la violencia del viento á los arroyuelos de la orilla, hayan visto, bajo la influencia del aire, henderse

sus nadaderas, las aletas que les sostenian transformarse en plumas, cuyas barbas se formaron de las desecadas membranas, su escamosa piel cubrirse de plumon, sus aletas ventrales transformarse en patas, su cuello y su boca prolongarse, en suma, trocarse la carpa en pájaro (1), es lo más natural y sencillo que se puede imaginar. Finalmente, que la religion enseñe las beatitudes corporales reservadas al hombre en un mundo mejor, es cosa que solo puede escucharse con la sonrisa en los labios; pero anuncie un evolucionista que el hombre engendrará, andante el tiempo, una especie superior á él mismo, especie de posteridad olimpica que nada tendrá de su abuelo el mono, y todas las facultades de Francia y Alemania pondrán el oido atento para no perder una sola palabra. Es decir, que la ciencia da constantemente la preferencia á lo absurdo de las explicaciones naturales, sobre el buen sentido de las enseñanzas divinas.

¡Por ventura, fundándose en esta misma injusticia, no opondrá á la fé además de las leyes de la formacion, las de la conformacion orgánica? Darwinista hay que reúne en sus escaparates



una colección de cráneos humanos al lado de otra de cráneos de mono, con el propósito de demostrar que entre los unos y los otros la diferencia está ménos en la naturaleza que en nuevas ideas; pero procurad informaros y averiguaréis que al elegir esos fúnebres fragmentos se ha procedido con premeditacion, escogiendo entre seis mil ejemplares, y que no podrían constituir una regla, por lo mismo que únicamente representan excepciones (1). El mismo Darwin no ha sostenido hasta el presente la teoría de que el hombre proceda del mono; sus continuadores son los que le han hecho responsable de tal aserto; mas, ¿qué debemos esperar de la imparcialidad de estos, cuando ven en el hombre de raza caucásica un descendiente del chimpancé, en tanto que no le reconocen vínculo alguno de parentesco con el negro y el mongol? «Y sin embargo, entre el hombre y el mono, dice Huley, media un abismo todavía imposible de llenar.» En vano se afana la antropología materialista en buscar los intermediarios destinados á llenar este vacío inmenso: relativamente á la estructura anatómica, del mismo modo que bajo el pun-

1 Hietónico.

to de vista del desarrollo intelectual y moral, existe entre ambos extremos la distancia que separa dos especies: y en cambio, entre el hombre blanco y el hombre negro, no existe más diferencia exterior que la mayor ó menor belleza, ni más diferencia interior que la de más ó ménos superioridad. Y sin embargo, ¿qué es lo que hace la ciencia irreligiosa en presencia de esos dos hechos convincentes? Asigna al hombre y al mono, no obstante sus diferencias, los mismos padres, y hace nacer de parejas distintas al blanco y al negro, á pesar de sus semejanzas: todo, por supuesto, para tener la ventaja de contradecir la fé, contradiciéndose á sí mismo y de pisotear al sentido comun en favor de dos blasfemias, una contra la unidad, otra contra el origen divino del género humano.

Finalmente, ¿no es tambien un acto equivocado lente á alterar los pesos y las medidas, eliminar á priori de ese solemne debate, todas las ciencias que podrían deponer en favor de la verdad? No tenemos para qué insistir respecto de esas exclusiones y de este exclusivismo del programa positivista: sabemos lo que debemos pensar bajo el punto de vista de la lógica; mas cuando lo consideramos con relacion á la justicia, no podemos evirtar que se escape de nuestro pecho un

grito de indignación. ¿Básase el naturalista en una certeza científica para suscribir á los misterios de la heterogenia, y poner en duda las demostraciones psicológicas? ¿ Cree á sus sentidos externos ó á su sentido íntimo? ¿ se inclina ántes las deducciones del darwinismo y se rebela contra los primeros axiomas de la metafísica y de la moral? ¿ presta, por último, asentimiento á todas las suposiciones que pueden oscurecer la fé, y lo niega á todas las evidencias que pueden rodearla de luz? No, no: no es un dogmatismo especial lo que le mueve, sino la pasión; no es únicamente el espíritu de sistema, sino una hostilidad no reconocida lo que traza esas clasificaciones arbitrarias, de las cuales resulta que no formando Dios parte de la ciencia, debe ser condenado sin ser oído: procedimiento facilísimo por otra parte, porque es más fácil negar la palabra á Dios que contestarle. Y sin embargo, la suprema iniquidad de la negación, no tanto consiste en condenar "según la etiqueta" las ciencias favorables á Dios, sino en derribarlo haciendo protestas de no ocuparse en él. El no concederle un lugar en el dominio de las observaciones físicas, sería un acto de justicia, mas cortarle las ramas del saber humano que conducen á la contemplación de su santa imagen, es

una traición, y profesar respecto de él la neutralidad, y trabajar en anonadarlo bajo esa más cara inofensiva, es la más odiosa de todas las hipocresías, la del ateísmo.

*Oponer colectivamente á la fé teorías científicas que no tienen autoridad colectiva, puesto que se contradicen frecuentemente, es también costumbre muy arraigada en nuestros adversarios. Por consiguiente, el creer en globo á los sábios que no participan de una misma opinión, constituye superstición pura: tantos geólogos, cuantas geologías, y por lo tanto, antes de negar la Biblia en nombre de esta ciencia, esperamos á que los geólogos se hayan puesto de acuerdo entre sí. Hace poco tiempo, un hombre de mucho ingenio, consignaba bajo formas, al parecer ligeras, las siguientes observaciones que distan mucho de serlo. "M. Littré y otros" con él, pretenden que el cerebro secreta el pensamiento, del mismo modo que la mucosa nasal secreta líquidos bajo la influencia de los romadizos. En este sistema el pensamiento es un constipado del cerebro moral. Por su parte, M. Claudio Bernard y no vaya á tomarse por inventor de sistemas al hombre que ha dicho: Cuando penetré en mi laboratorio, empiezo por dejar á la puerta el espiritismo y el materialismo. —M. Claudio*

Bernard proclama con notoria autoridad que el cerebro no secreta el pensamiento, así como el reloj no secreta la hora. Nótese, pues, que M. Littré, sabio moderno, y M. Claudio Bernard, moderno sábio, se contradicen completamente respecto de la idea fundamental del materialismo. Entónces, ¿porqué os empeñais en persuadir al pobre pueblo de que sabeis lo que dice la ciencia moderna, y de que la ciencia moderna sabe lo que se dice?

«Por lo demás, la materia que piensa, es el sistema de Locke traducido del inglés por Voltaire. La Marquesa de Châtelet, que murió hace ciento veinte años, creía en dicho sistema. ¡Y á esto se llama novedad!

«Pero, os veo venir, vais á hablarme de la cronología de la Biblia y de la edad del mundo. Graves farsantes se han puesto de acuerdo sobre el hecho de que el mundo es muy viejo: unos dicen que cuenta veinticinco mil años; otros dos cientos mil; otros, en fin, de diez á cien millones; respecto del particular están perfectamente de acuerdo: sin embargo, para adquirir por mi parte una convicción, he de esperar que hayan verificado sus cifras.

«Si del mundo pasamos á Dios, tampoco hallaremos acuerdo en esos señores. Un día M.

de Babinet salía del Instituto con uno de sus colegas, matemático recalcitrante, que eliminaba á Dios de todos sus cálculos, como si fuese una incógnita irracional y perturbadora, y sostenía el siguiente diálogo:—«De manera, caro colega, decía M. Babinet, que decididamente Dios no existe.—Decididamente: la ciencia moderna no puede admitir una hipótesis tan absurda como la de un Dios creador.—De suerte que estais convencido, repuso con insistencia M. Babinet.— Perfectamente convencido.—Pues, amigo mio, dijo M. Babinet con su eterna sonrisa, sois más crédulo que yo, puesto que yo no sé nada absolutamente (1).»

Tales son los elementos constitutivos de esos testimonio colectivo llamado ciencia. Si dicho testimonio formara un conjunto de opiniones concordantes, sería en realidad imponente; pero como solo representa individualidades unidas en la negacion, no es posible oponer en masa á la verdad las que están opuestas entre sí. Por consiguiente estar en general en favor de la ciencia contra la fé, vale tanto como tener sobre muchos y determinados asuntos veinte opinio-

nes distintas, sin abrigar una sola convicción, por lo mismo que dichas opiniones, cuando no se contradicen entre sí, son por lo ménos diferentes.

*Acoger con ciega confianza las hipótesis de la arqueología prehistórica y con injustificadas prevenciones los hechos indubitables de la era histórica, es otro de los rasgos característicos de la ciencia antireligiosa. Por un contraste sorprendente, echando mano de un sistema de crítica que amenaza derrumbar completamente las verdades mejor comprobadas, ha socavado el suelo de la histórica y especialmente el de la historia cristiana, y establecido sobre esas ruinas la autoridad de la historia antes de la historia, poblando la noche del pasado de creaciones fantásticas y llenando todas las lagunas de los anales geológicos con imaginaciones grandiosas, en una palabra contando detalladamente los acontecimientos de las ciudades lacustres, de la edad de piedra y de los diluvios primitivos; de tal manera que después de haber destruido la historia verdadera, la ciencia ha creado otra: no ha prestado fé á aquella; pero en cambio cree á pie juntillas sus propias invenciones.*

Sus pruebas de este contraste se encuentran en abundancia prodigiosa. Condúzcase al arqueó-

logo á las catacumbas cristianas, y se verá que no admite ni el sentido de las inscripciones, ni la significación de los signos que atestiguan el sentido de esas tumbas gloriosas: mas pónganse de manifiesto las catacumbas de la época terciaria, y os hablará de guijarros rotos que fueron puntas de flechas y de los instrumentos de hueso y de pedernal que empleaba para rasparse las uñas y cortarse el cabello el hombre fétido de tan lejanas civilizaciones. Si se trata del evangelio de San Juan, se le ocurren doctas vacilaciones sobre el nombre de su autor; pero si el asunto es el hombre fósil, le vereis á dos dedos de decirnos el nombre y las cualidades de aquel á quien perteneció la mandíbula descubierta en Moulin-Quignon. En punto á tradiciones católicas no hay condenación que no salga de sus labios, siquiera no se pase un día sin que broten del suelo romano monumentos justificativos; pero tratándose de cuechillos de piedra, hachas de pedernal, rascadores de sílex, las cavernas, los dolmens y los túmulos de la leyenda científica, no solo tiene la fé del creyente, sino la convicción del predestinado. Finalmente, no se pida su adhesión á la historia bíblica ni á las actas de los apóstoles, es tan obscuro lo que ocurría en Jerusalem hace diez y ocho

siglos;.....pero remontaos á miriadas de años á una edad del mundo en la cual los siglos se cuentan como los años en nuestra era, y en esos horizontes en los cuales el pensamiento, semejante á la paloma del arca, no halla un solo punto donde posarse, la negacion se encuentra en plena luz y no ve más que certezas que registrar.

¡Cuántas opiniones admitidas en nuestros días serán contempladas con admiracion y sorpresa en los tiempos venideros! Entónces la religion se burlará con fundado motivo de esas audaces afirmaciones que cautivan á nuestros incrédulos y dichas afirmaciones, despues de haber sorprendido durante breves momentos á los espíritus débiles, y apasionado á los espíritus predestinados, permanecerán siendo testimonio eterno de las divagaciones de la razon emancipada de la fé. No se entienda sin embargo lo dicho, en menosprecio de los grandes, de los verdaderos iniciadores de la arqueología prehistórica; mas si profesamos el culto á la ciencia, no queremos ser fetichistas de ella, y como desde el momento en que la ciencia prescinde de Dios deja de respetarse á sí misma, no creo estar obligado á guardarle más consideraciones que las que ella á sí misma se guarda.

## CAPITULO V.

### BASES DE UN COMPROMISO ENTRE LA FÉ Y LA CIENCIA DE LA NATURALEZA.

Acabamos de ver de qué manera prescinde la ciencia de la justicia respecto de la fé, y, so pretexto de neutralidad, escapa por la tangente á la oposicion sistemática. Sin embargo, si los naturalistas son capaces de conclusiones precipitadas y de tendencias hostiles á la exegesis ortodoxa, ¿puede sostenerse que esta se halle completamente exenta de prevenciones contra la ciencia? No lo creemos. Exegeta hay, y por cierto inglés (1) que considera la geología como

1 Hug. Miller, Testimony of the Rocks p. 892.